

## XVI

### LA GENERACION DEL 900

Joaquín Díaz Garcés había fundado una revista llamada "Instantáneas", que pretendía reflejar no sólo la actualidad literaria, sino gráfica de Santiago. Este no tenía, en verdad, ninguna publicación que lo representara. Había "La Lira Chilena", de Samuel Fernández Montalva, un hermano del malogrado poeta Ricardo, donde por primera vez Cristián Delande tuvo el orgullo de saber que iba a publicarse un retrato su-

yo, hecho por ese mismo don Luis Fernando Rojas que había ilustrado "El Album de la Gloria" de Vicuña Mackenna y trazado con su lápiz el perfil de todos los héroes del Pacífico, desde Prat hasta Baquedano. El tío Manuel Thomson fue también de los inmortalizados por Rojas. Y hete aquí que el sobrino, de apenas dieciocho años, iba a tener el honor de servirle de modelo. Había asimismo "La Revista Cómica", dirigida por Abelardo Varela y Julio Vicuña Cifuentes, donde también aparecían los hombres del día, en caricaturas con un cuerpo chiquitito y una gran cabeza; pero realmente se hacía sentir la necesidad de algo más en consonancia con los tiempos.

Corrían los de 1900, introducción del nuevo siglo. Casi simultáneamente a "Instantáneas" apareció otro semanario de Alfredo Melossi, con el título sugestivo de "Luz y Sombra" y durante algún tiempo marcharon paralelamente, hasta que cedió la competencia de ambos fundiéndose y confundiéndose en uno solo: "Instantáneas de Luz y Sombra".

Cristián Delande, o todo esto, tras una larga antecámara que le hizo comprarse en balde muchos números de "La Lira Chilena", al fin vio publicado su retrato, con unas cariñosas y banales líneas laudatorias; pero lo que descalificó su regocijo fue verse lado a lado con un honorable y fornido miembro del gremio de abastos. Ya entonces empezó a aprender que no debía prepararse a ninguna alegría, y que las únicas dables eran inesperadas.

Como fue inesperado el que Melossi lo llamara a

formar parte de su redacción. Había debutado tímidamente Cristián con un cuento ilustrado por su primo, cuando el Director le propuso que dejara sus demás quehaceres para hacerse cargo del de redactor-jefe y consagrarse por entero a las bellas artes.

La revista tenía su oficina no en los bajos, sino en los subterráneos del Hotel Melossi de la Estación Central de los Ferrocarriles y ahí empezó a concurrir el flamante redactor en jefe y a alternar con sus demás compañeros.

Los cuales eran, desde luego, Guillermo Labarca Hubertson, que actualmente es Ministro de la Defensa Nacional, pero que en aquel tiempo no pasaba de ser sino escribiente de la Academia de Guerra, a su vez con una oficinita en el último patio de la Academia; Leonardo Pena, todavía escribiendo bajo su nombre de Ignacio Pérez Kallens; Antonio Orrego Barros. De los viejos, Federico Gana y Ricardo Prieto Molina, solían frecuentarles, y un día estando solo Cristián, se apareció en el último peldaño de las escaleras un sujeto con poncho y le dijo ser su colaborador: Carlos Pezoa Véliz. Seguramente debía de llegar de alguna excursión al sur, pues nunca más volvieron a verlo con el atavío campesino.

Les había hecho llegar por correo muy hermosos versos y Cristián Delande, con ese sentimiento de compañerismo que no ha perdido nunca, se los había ido publicando en sitios de preferencias y con justificados encomios. Tuvo entonces la sensación, como treinta y

siete años más tarde con Oscar Castro, de hallarse ante un verdadero poeta chileno,

Pero su admiración más grande en achaques de poesía era aquel Dublé Urrutia, que unos años antes había dado a luz sus "Veinte años", y al cual no había conocido aún. Cierta día, en la Quinta Normal, los presentó Paulino Alfonso y Cristián, con gran sorpresa suya, le oyó decir impertinentemente a Diego Dublé, que él lo había creído "cuyano" por su parte.

Sin embargo, no volvieron a perderse de vista los dos jóvenes, hasta tanto no los dispersó la vida. Y ahora que los ha devuelto a ambos a la patria, Cristián no llegará a explicarse que diferencias de ideas los mantengan separados, a ellos, que convivieron la etapa triunfal de su juventud.

Dublé publicaba en "La Ley", el diario rojo de Palazuelos; ocupaba a menudo la tribuna del Ateneo; y sirviendo un puesto en la rectoría universitaria, vivía en una habitación del segundo piso de la Universidad de Chile, no lejos de don José Miguel Besoain; pero mientras el melómano reunía en torno suyo a otros aficionados como él a la música, entre los cuales don Luis Arrieta Cañas y don Adolfo Carrasco Albano, el poeta convocaba a su vez a los literatos, y a sus Veladas de Medán, así llamadas no por las de Emilio Zola, sino simplemente porque eran veladas de medan... té con pan con mantequilla, no dejaban de acudir, cada martes, desde luego los redactores ya nombrados de "Instantáneas", y luego elementos exóticos, más o menos de paso entre nosotros, como Ricardo Brenes Me-

sén, Arturo Ambrogi, Joaquín García Monge, Enrique Hurtado y Arias; Ismael Enrique Arciniegas, Eduardo Diez de Medina, Juan Coronel y destacándose entre estos nombres que, como son todos famosos, puede representar cada uno un país de América, dos hombres camaradas para los chilenos: Alberto Masferrer e Isaías Gamboa. Fuera de esta gente de letras, sólo Juan Francisco González no era del oficio; pero como no ha sido Juan Francisco nuestro más gran pintor sino nuestro artista máximo, bien estaba en ese cenáculo de la juventud intelectual del Continente.

Cuyas discusiones solían subir de tono, al punto que en más de una ocasión, Dublé que era algo afónico, para sobrepujar el magnífico órgano vocal de Cristián Delande, hubo de encaramarse sobre una silla y hasta cierta vez, en el ardor del debate, esgrimió sobre su contendiente un par de tijeras que por modo indudable y radical hubiese cortado la controversia, junto con cortarle el cuello al digresor.

Toda esa gente se estimaba, no obstante, y con una confraternidad y una solidaridad que se querrían las actuales generaciones, interesábase desinteresadamente por la suerte del compañero, cediéndole el paso y a veces empujándolo hacia adelante. ¡Ah, no, Cristián Delande no podría quejarse en este sentido, pues fue, si no el niño prodigio, el niño mimado de todos! Y ahora conforme evoca sus queridos nombres, desde el de Samuel Lillo, felizmente vivo aún y con la sombra dulce de su esposa, que ya es una sombra, hasta el de los que, como Baldomero o Pezoa, cayeron hace mucho tiempo

en este mismo camino que seguimos recorriendo, una racha de amanecer, una oleada de frescura, viene a confortarle y alegrarle. Realmente fueron de una misma hornada. Y para la pequeña historia de este país pequeño, constituirán siempre *La generación del 900*, y si por algo su memoria será ejemplar, es por la cordial solidaridad que los vinculó no sólo en la generosa pero breve etapa de su juventud, sino a lo largo de su existencia y de su carrera, en cierto modo mutua también, una carrera en la que nadie fue postergado y dio cada uno su rendimiento personal y colectivo.

Y eso que había surgido un peligroso cisma literario, con otra revista "Pluma y Lápiz", dirigida por otro radical de "La Ley", Marcial Cabrera Guerra (calle Tarapacá, entre Santa Rosa y San Isidro). Delante, jovencito recatado, inconmensurable y fino, tuvo que habérselas con un hombrecillo rechoncho y ya maduro y corrido, el cual, en su rivalidad de oficio no se paraba en barras y no dejó trastada por hacerle a su competidor, desde rayarle los clisés ya listos en la Imprenta Barcelona, única para ambas publicaciones, hasta sobornar a los cajistas, secuestrar los originales, quitarle los colaboradores y ponerlo en solfa personalmente. Algunos como Prieto Molina, se compartían, entre ambos bandos; pero el de Cabrera se integraba con periodistas de mala intención y mucho ingenio, secretamente azuzados por el antiguo propietario y cófrade suyo Díaz Garcés, como *Montcalm*, José María Raposo, Armando Hinojosa, Pedro E. Gil. *Volney*, también fluctuaba entre ambos; en cambio, Víctor Domin-

go Silva se afilió sin vacilar bajo las banderas de Melossi-Delande. Y los demás colaboradores permanecieron ajenos: en el fondo se trataba de dos tendencias no opuestas, pero tampoco convergentes; la de los periodistas y la de los literatos.

Todo esto, es cierto, removía el ambiente como hasta entonces no se había visto en Chile y por eso y por otras cosas y por todo, se invoca con razón esa Generación de 1900 como la primera auténticamente literaria. Antes que ella, pudieron darse casos esporádicos, sin vinculaciones ni irradiaciones; pero por primera vez, es justo recabarlos, consagrábase un grupo selecto de elegidos a esa alta labor que habíales asignado el destino dentro de su patria y en la historia de su desenvolvimiento. Ningún nombre ha quedado anónimo, ni por la Muerte, ni por la Vida. Y el conjunto de esos nombres, en tal forma, resplandece que conservará indeleblemente su brillo en la tierra de la Cruz del Sur en cuyo cielo no constituye una nebulosa, sino una constelación más.